

VOCES QUE LLEGAN DE LEJOS

Testimonios escritos de gentes, voluntaria o forzadamente, alejadas del Rincón y cuyo extrañamiento está marcado siempre por la ausencia y la lejanía. Su desarraigo adquiere, en algunos casos, dimensiones y acentos de tragedia personal pues presienten la imposibilidad de su retorno. En su nueva morada, unos y otros echan de menos el terruño y escriben recordándolo con nostalgia.

El baile del garrote

(Viene del nº 6 de Ababol)

El salón estaba lleno de parejas bailando. Mi primo José Asensio Narciso, que había hecho de portero-recaudador, había recaudado de los mozos unos 60 reales. Las mozas no pagaban; ya nos daban bastante con su amistad y compañía, que mucho agradecíamos.

Inesperadamente se produjo un alboroto en la puerta. Era un grupo de mozos de Torrebaja. Uno de ellos, fanfarrón al parecer, llevaba un billete de mil pesetas con el que alardeaba y pretendía pagar la entrada (dos reales). Al no tener cambio, empujaron a José derribándolo al suelo y entraron al baile por la fuerza, cuatro o cinco contra uno, insultando y agrediendo, sin prevención de cómo sería la salida. Llegaron hasta el fondo, al pie de los músicos.

Uno de los nuestros cogió el garrote del tío Domingo "el Ciego" y el primer garrotazo tropezó contra la cabeza del más alto, pasando después el garrote de mano en mano de los nuestros y recibiendo palos todos los intrusos por la diestra y la siniestra. Para recibir menos ración se apegaron a la pared recibiendo sólo por un lado palos y patadas... hasta que llegaron a la puerta, por la que se largaron.

Despejado el salón y apaciguado el baile, continuamos. Las mozas, ahora con más ardor ante nuestro comportamiento digno de ellas y del respeto que nos merecían. Y así seguimos bailando en armonía agradable hasta el amanecer.

Entre tanto, nuestros "invitados" fueron a la consulta del tío Fructuoso, el practicante, para que les curase sus lesiones, recibidas del garrote, los puñetazos y las patadas.

Habían entrado a dar caña y salieron a garrotazos, gimiendo como los perros con el rabo entre las patas.

El practicante les dijo que estaba obligado a dar parte de lo sucedido a la autoridad. El que parecía más destacado dijo que lo haría él, que esto no se quedaría así y que se hablaría mucho de ello.

Al día siguiente nos dijeron que habíamos repartido bastante leña y que al hijo del jefe de Falange de Torrebaja le habíamos propinado más que a ninguno de los otros y que nos habían denunciado a la Guardia Civil. En efecto, así lo hicieron y sin perder mucho tiempo.

Inmediatamente la Guardia Civil se instaló expresamente para este caso, en el local de la Hermandad Sindical - entiéndase Falange de Los Santos - con improvisación de secretario (uno de ellos) y máquina de escribir, con su reconocido talento y ecuanimidad para la práctica de interrogatorios. Claro está, en su cacumen de incertidumbre no cabía otra premisa silogística que la relación de causa a efecto: según sus erróneas entendederas, los culpables eran, naturalmente, los organizadores del baile. ¡Toma ya! ¡Qué arbitrariedad!

Por la tarde, estando en el café, un guardia se llevo a Ramón para declarar. El secretario escribía y preguntaba:

- ¿Es usted Ramón Antón Tortajada?

- Sí, señor.

Un guardia le pegó un bofetón, tirándolo contra la pared. El cabo asistía a la escena sin pestañear. Le acusaron de haber pegado con el garrote. No consiguiendo testimonio afirmativo, firmó la declaración.

Bajó al café y se llevaron a Elías:

- ¿Es usted Elías Rodilla Valentín?

- Sí, señor.

El guardia flagelador, al intentar pegarle, vio tal mirada en Elías que pensó: "Si le pego, me vuela el tricornio". Y no le pegó.

Interrogatorio de rigor, severo, nulo. Firma y a la calle.

Oyó decir: "Nos queda el más importante; éste vendrá a Torrebaja y ya veremos dónde lo mandamos".

En efecto, al día siguiente, Arturo al cuartel de la Torre. Como estaba de permiso militar se vistió con su uniforme de cabo del 7º Regimiento de Ingenieros. Al entrar, con todo el tinglado que tenían preparado, el cabo de

guardia me preguntó:

- ¿Es usted Fulano de Tal?

- Soy un soldado al servicio de mi Patria.

Les olía otra cosa.

- Aquí no esta sirviendo a su Patria.

- Yo la sirvo dondequiera que esté.

- ¿Qué pasó en el baile?

- Fuenteovejuna, señor.

- ¿No tiene nada más que decir?

- No, señor.

- Puede marcharse - dijo, rechinando los dientes.

Saludé militarmente y me fui oyendo que decían si llamarían a otros o no. No llamaron a nadie más.

Por la tarde, el tío Miguel "el Rullo", hombre de prestigio, se presentó voluntariamente en el cuartel de la Guardia Civil y manifestó que éramos nosotros a quienes habían ofendido un grupo de intrusos provocadores; no habíamos hecho más que defendernos.

Y así concluyó el baile del garrote sin más consecuencias.

Arturo CALVO NARCISO (Saint Denis, Francia)

